

ballería que habia enviado él, una hora antes, para practicar un reconocimiento sobre el camino de Bocas, y que retrocedió al encontrarse con las tropas republicanas que avanzaban por el mismo punto. El general Mejía tomó inmediatamente las disposiciones que juzgó mas convenientes para resistir el ataque inesperado, y colocó sus cuerpos de infantería en el convento del Cármen, San Agustín y San Francisco, Catedral, la Lonja y el palacio de gobierno. La situacion de estos puntos, sin ensanchar demasiado su línea de defensa, le permitia cruzar los fuegos á larga distancia, y proteger, al mismo tiempo, las barricadas que mandó levantar en las avenidas peligrosas. Todas estas disposiciones quedaron cumplidas á la media hora.

Los republicanos llegaron pocos instantes despues hasta las puertas de la ciudad; y dividiendo su fuerza total, que ascendia, como he dicho, á cinco mil hombres, en tres columnas, se lanzaron impetuosamente, la primera, por la calle de Maltos, al mando del general Don Miguel Negrete; la segunda, á las órdenes de Don Luis Ghilardi, por la plazuela de la Compañía, en direccion paralela á la anterior; y la tercera, al mando del general Alcalde, de Norte á Sur, por las calles que conducen directamente al Cármen, punto principal de resistencia de los defensores de la plaza. Los tres jefes juaristas condujeron al asalto á sus tropas con admirable denuedo, empeñándose á poco un terrible combate. Las tropas republicanas llegaron hasta las barricadas de sus contrarios; pero recibidas con un fuego nutrido y mortífero, se vieron rechazadas, á pesar de sus esfuerzos por ganar el punto. Sin desmayar

por este golpe, volvieron otras dos veces, y con mayor vigor al asalto, haciendo esfuerzos supremos para apoderarse, á viva fuerza, de las posiciones enemigas. En la última, arrojándose impetuosamente el batallon de zapadores sobre las barricadas y trabando un combate sangriento con los imperialistas que las defendian con notable denuedo, lograron los asaltantes penetrar hasta la Plaza de Armas y situar sus tiradores en las trincheras mismas de los imperialistas. No podia pedirse mas valor ni decision; pero los defensores de la plaza, que estaban resueltos á morir antes que ceder, opusieron allí una resistencia heroica, y sembrando la muerte con el incesante y certero fuego que hacian, rechazaron de nuevo á los valientes asaltantes que, agotado su postrer esfuerzo, se retiraron en algun desórden al verse acometidos, en los mas criticos instantes, por diversos piquetes de caballería de distintos cuerpos que el general imperialista Don Tomás Mejía colocó, con este fin, en las calles inmediatas, y cuyo resultado fué apoderarse de un cañon rayado del calibre de á 4, que los rechazados abandonaron.

1863. Este triunfo parcial alcanzado por los defensores de la plaza, aumentó su entusiasmo; y saltando la fortificacion improvisada, se lanzaron á su vez, sobre las fuerzas juaristas. La salida general de las tropas imperialistas, fué la señal de la retirada de las republicanas. El general juarista D. Miguel Negrete, militar valiente y entendido, trató de sostener aun con su artillería; pero habiéndose introducido el desorden en sus soldados que se veian acometidos por sus contrarios, se vió precisado á abandonar sus cañones, en virtud de la tenaz

persecucion de las columnas imperialistas, del fuego certero de la artillería de éstos, y del avance rápido de la caballería por el flanco izquierdo.

Puestas en completa dispersion las fuerzas republicanas, nada pudieron salvar, y se alejaron dejando en poder de las tropas del general D. Tomás Mejía, todos sus cañones, que eran nueve, todos sus carros de municiones y demás pertrechos de guerra, mas de doscientos muertos, considerable número de heridos, y mil trescientos prisioneros, entre ellos la mayor parte del batallon de Zapadores con su teniente coronel; dos banderas y una gran cantidad de armamento. Las pérdidas de los imperialistas fueron tambien de consideracion, pues entre los heridos se contaban el general Calvo, que sufrió la amputacion de un brazo á los pocos dias, los seis ayudantes del general D. Tomás Mejía, el teniente coronel D. José Almansa, jefe del escuadron de Bajío, y otros muchos jefes y oficiales de diferentes cuerpos. Fué admirable que el general D. Tomás Mejía saliese ileso, pues su uniforme estaba agujereado en varias partes por las balas, y lo mismo el chacó que llevaba.

Las dos sangrientas acciones de Morelia y de San Luis, en que la fortuna se mostró contraria á las armas juaristas, dejó al gobierno republicano sin tropas casi para sostenerse.

Los reveses sufridos le habian hecho perder una gran parte de los elementos de guerra con que habia contado para contener el avance de sus contrarios y levantar el espíritu de sus partidarios.

Mientras los generales Márquez y Mejía habian ocu-

pado y defendido las plazas de Morelia y de San Luis de la manera que dejo referida, los generales Don Miguel Miramon y Don Antonio Taboada, tambien imperialistas, habian trabajado con empeño en reunir elementos para hacer una campaña activa por el rumbo por donde debian operar con sus fuerzas. El general Miramon, como tengo ya dicho en su lugar correspondiente, habia salido de la capital en uno de los dias de Noviembre, con un cuadro de oficiales, para formar, segun orden de Bazaine, una division. Debia servir de base á la organizacion de esta, la brigada del general Taboada que se hallaba en Tepeji, el cual quedaria en la division, de segundo de aquel. Reunidos ambos y emprendida la marcha para el interior, donde esperaban engrosar las filas con gente que se presentase para formar la division, se encontraron, poco antes de llegar á Celaya, con las fuerzas republicanas pertenecientes á los jefes Don Vicente Riva Palacio y Puebla. Despues de un ligero combate en que Don Miguel Miramon y Taboada alcanzaron el triunfo, llegaron estos á Celaya, continuando en seguida su camino. Al llegar á Irapuato, que dista diez leguas de Celaya y setenta y ocho de la capital, se detuvieron, por orden del general en jefe Bazaine, en la expresada poblacion. El general Taboada, como segundo de Miramon, mientras este permanecia en Irapuato, marchó á Guanajuato para continuar la organizacion de la division. En los momentos que llegó, se presentaron muchos individuos del pueblo á engrosar sus filas, y en una sola semana ingresaron en la division tres mil cuatrocientos voluntarios, antiguos soldados del ejército, acostumbrados á las fatigas de la campaña y á

las privaciones. Al verse Miramon y Taboada con ese número respetable de voluntarios, que esperaban fundadamente que iria en aumento, pidieron armas para ellos á Bazaine; pero este, en vez de obsequiar la peticion, contestó que á los que se habian presentado se les dijese que fuesen á sus casas. Miramon y Taboada cumpliendo con la orden recibida, dieron las gracias á los que se habian presentado, diciéndoles que por entonces no era necesaria mas fuerza; y con la poca que tenian se dirigieron hácia Guadalajara, como lo habia dispuesto el mismo general Bazaine.

Con los movimientos operados por las divisiones franco-mejicanas, las fuerzas republicanas se vieron precisadas á irse alejando, y, en consecuencia, la intervencion y el imperio se habian extendido rápidamente por las principales ciudades del interior, y las actas de adhesion levantadas por los pueblos al nuevo orden de cosas eran numerosas.

Muchas personas, sin embargo, de las que figuraban en la redaccion de algunos periódicos liberales de Europa, aseguraban que el archiduque Maximiliano no aceptaria la corona de Méjico, dejando por los sinsabores de un gobierno lleno de dificultades, la grandeza y el bienestar que disfrutaba en su país. La prensa mejicana imperialista, por el contrario, aseguraba que estaba resuelto á aceptar si se verificaban las condiciones que habia indicado á la comision que fué á verle á Miramar. Los redactores de *El Cronista de Méjico* asentaban, en su número correspondiente al dia 19 de Diciembre, que sabian que habia escrito á uno de los personajes que ocupaban un puesto ele-

vado en aquel país, en sentido de aceptacion. La carta, segun los expresados redactores, decia un resúmen lo siguiente: «Cuando llegue esta carta mia, quizá el ejército franco-mejicano habrá recorrido algunas provincias del interior de Méjico y puesto en actitud á los pueblos para que libremente manifiesten su voluntad; y sí, como se me anuncia, el voto de la gran mayoría de la nacion se cunda el nuevo imperio, se habrá llenado una de las condiciones que yo puse. Si los trabajos de varios miembros de la comision mejicana en París tienen buen éxito, entonces vendrá la otra condicion, las cuales he puesto, no solo por mi dignidad, sino por la conveniencia de Méjico.

«Mi resolucion está tomada y manifiesta á la faz de Méjico y del mundo en mi discurso de 3 de Octubre; y solo espero el cumplimiento de aquellas condiciones, para tomar las riendas del gobierno. Así lo he prometido y sabré cumplir: hago estas advertencias para deshacer las dudas que haya.»

Ninguna de las personas adictas al imperio dudaba, por lo mismo, en vista de las numerosas actas que la Regencia recibia y la prensa mejicana publicaba, que Maximiliano aceptaria el trono.

En esos momentos en que las manifestaciones de adhesion á la intervencion y al imperio eran continuas, se disponia á salir de Méjico para Francia, el conde Dubois de Saligny, uno de los individuos que mas habian influido con Napoleon III para que se llevase aquella. Agradecido el partido conservador mejicano á sus servicios y á la política verdaderamente conservadora que habia seguido, ele-

varon, como de jo referido en otra parte de esta obra, respetuosas representaciones al emperador francés, suplicándole que le dejase continuar de representante de la Francia en Méjico. Pero el monarca francés, aunque miró con respeto las manifestaciones de los ayuntamientos de la capital y de Puebla, no obsequió la peticion, y, en consecuencia, el conde Dubois de Saligny dispuso su marcha. Antes de verificarla, se unió en matrimonio con una apreciable señorita mejicana llamada Luz Ortiz. La boda se verificó el 25 de Diciembre, recibiendo la bendicion nupcial de mano del arzobispo de Méjico D. Pelagio Antonio de Labastida, en la capilla del palacio archiepiscopal, y sirviendo de padrinos al antiguo ministro de Francia, el presidente de la Regencia D. Juan Nepomuceno Almonte y el general Don Santiago Blanco; y á la señorita Doña Luz Ortiz, el general D. Mariano Salas, miembro de la Regencia, y el antiguo ministro de estado D. Joaquin María de Castillo y Lanzas. Dos dias despues, el 27 de Diciembre, partió de Méjico para Francia el conde Dubois de Saligny con su jóven esposa, siendo en extremo sentida su partida por los adictos al imperio.

Los movimientos militares entre tanto seguian, y al terminar el año, se dirigian las divisiones franco-mejicanas hácia diversas ciudades del interior, siendo la principal de estas Guadalajara.

No obstante el estado de lucha en que se encontraba el país y de la falta de paz por espacio de cuarenta y dos años, el ramo de minería se hallaba bastante próspero en las diversas provincias dotadas de ricos metales que cuenta aquel hermoso país favorecido por la naturaleza. Solo en

la casa de moneda de Guanajuato entraron el mes de Diciembre solamente, 46,947 marcos de plata pasta, y acuñó dos mil onzas de oro, cuatrocientos treinta y dos mil duros fuertes, diez mil medios duros, llamados *tostones*, y nueve mil quinientas pesetas del valor de cinco reales vellon cada una.

FIN DEL TOMO DÉCIMOSEXTO.